

DEL VERDADERO AUTOR DEL QUIJOTE, SEGUIDO DE OTRAS TRAGEDIAS

María Rosa Menocal

-X-

Nada podría hacerle más ilusión a una medievalista que esto: el serle brindada la oportunidad de hablar sobre el *Quijote*, y, además, bajo la rúbrica general de "Contra el olvido"; una preciosa frase que, si Cervantes hubiese hablado también inglés, pienso yo que habría traducido por "Lest we forget", "Para que no olvidemos". Desde el lugar en el que yo me encuentro, que es a menudo el Toledo del siglo XII, en un momento cultural muy alejado de la mayoría de los significados que abarca hoy en día el término "español", se puede decir que lo que despierta la mayor curiosidad es precisamente aquello que ha sido olvidado en la lectura del *Quijote*. Y esto es, justamente, la conciencia histórica, los recuerdos que son necesarios para entender plenamente la ironía semiburlesca de Cervantes con respecto a la paternidad de su obra y el origen del manuscrito sin el cual la historia misma del *Quijote* no puede ser narrada. Mientras que la mayoría de estos rasgos (el juego constante con la cuestión de los múltiples autores y de los manuscritos perdidos) han sido interpretados, con razón, como parte de la "moderna" complejidad de la meditación de Cervantes sobre la difícil categoría hermenéutica de la literatura, a la vez que uno de los mejores y más prolongados *divertissements* meta-literarios (cuya fuerza modélica lo convertiría en un elemento inescapable para escritores posteriores) no deja de ser cierto también que todo ello no es más que una parodia de sí mismo si lo separamos de las tensas circunstancias históricas que seguramente dieron lugar a estos

“divertimientos”. Pues en el centro de este texto, un libro que es, él mismo, el centro indiscutido del canon hispano, nos encontramos con un inconfundible y conmovedor “para que no olvidemos” histórico: la evocación por parte del narrador de la España de antaño, que ahora se encontraba en ruinas y al borde de la desaparición (y no por la normal erosión del tiempo) todo ello contenido en unos fragmentos de manuscrito a punto de ser convertidos en jirones a la deriva por las calles de Toledo.

Ya no se trata, por supuesto, del Toledo del siglo XII, sino más bien, de finales del XVI. Y si en el siglo XII la energía vital de Toledo la había constituido su comunidad de traductores, lo que había hecho de esta ciudad el vibrante centro intelectual de Europa, en el Toledo de principios del XVII, cuando Cervantes anda buscando lo que pueda quedar de la historia del Quijote, lo que va a encontrar son unos papeles rotos que puede ver que están escritos en “árabe”, pero que sólo pueden ser traducidos por un “morisco aljamiado”. Lo que la gran mayoría de los lectores del *Quijote* ha olvidado puede ser reducido, por el momento, a esas dos palabras, “morisco aljamiado”, que describen al hombre que Cervantes convierte en el agente indispensable para la narración de la historia del *Quijote*. A Cervantes seguramente le causaría tristeza, pero apenas sorpresa, el que a pesar de la reverencia casi mística de la que su novela llegaría a gozar, dentro y fuera del mundo hispanohablante, la mayoría de sus lectores no tenga más que una vaga idea de lo que pueda ser un “morisco” y virtualmente ninguna de lo que significa “aljamiado”. Es, pues, realmente un honor especial el haber sido invitada a hablar en presencia de uno de los pocos escritores españoles de la era post-cervantina que sabe perfectamente lo que es un morisco aljamiado y este pequeño ejercicio de filología es un tributo cariñoso a Juan Goytisolo, quien, de hecho, es probablemente él mismo, un morisco aljamiado salido directamente de las páginas del *Quijote*. Quisiera tomar también un se-

gundo para reconocer la benéfica presencia hoy y aquí de Teresa Gilman, ¿dónde estaríamos ninguno de nosotros sin la obra magistral de Stephen Gilman? Sus escritos son leídos aún con afición y placer, y su espíritu, igual que el de don Américo, se halla presente en todas las buenas lecturas del *Quijote* y de la *Celestina*.

Volvamos pues a la cuestión del aljamiado, y para que no olvidemos o, mejor dicho, para que no caigamos en la más común de las trampas, que es descartar todo esto como algo marginal en comparación con los “verdaderos” temas “literarios” del *Quijote*, oigamos el momento decisivo en la narración de la novela. Hemos llegado a un punto muerto en la primera parte de la historia del hidalgo que tomó el nombre de don Quijote. Los rebosantes primeros ocho capítulos que incluyen, entre otros, el singular episodio del “escrutinio” de su biblioteca es decir, la quema de sus libros y aquél aún más famoso de su arremetida contra los molinos de viento que ha confundido con gigantes se interrumpen inesperadamente en el medio de la aventura que sigue a la de los molinos de viento. “Pero está el daño de todo esto que...” voy a citar ahora todo el último párrafo del capítulo ocho siguiendo la edición de Martín de Riquer. “Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito, destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra (aquí muchas ediciones nos recuerdan amablemente que este “segundo autor” es “el mismo” Cervantes) no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte”.

Ahora empieza, pues, la segunda parte. Es el capítulo nueve y se distingue por una larga y crucial disquisición sobre las razones por las que, en algún lugar, tenía que encontrarse una historia completa del Quijote; lo que quiere decir, esencialmente, que este tipo de historias tienen que ser recordadas a pesar de las purgas de archivos y bibliotecas, evocadas de manera bastante inequívoca unas pocas páginas antes y ahora nuestro “segundo autor” ya no habla en tercera persona, sino que, en efecto, nos va a contar directamente la historia decisiva de cómo encontró el manuscrito que es, de hecho, la novela que Cervantes escribió. “Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó a reír”.

Aquí tengo que resistir la tentación de hacer algo parecido a lo que hace Pierre Menard y, sencillamente, leer el resto de esta sección del capítulo nueve durante el resto de mis veinte minutos de ponencia, ya que cada línea es deliciosa y ya que mi exégesis (cualquier exégesis) es, por definición, de segunda categoría en comparación. Después de todo, ¿quién puede competir con el chiste tragicómico que revela que ésta es, en verdad, la perdida historia de don Quijote, este viejo cartapacio a punto de ser hecho trizas pero que, en cambio, es salvado por un Cervantes que se está paseando por la judería de

Toledo? El detalle identificador es, por cierto, la nota al margen que provoca la risa del “morisco aljamiado”: “Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha?”. El narrador Cervantes, el segundo autor, o el padrastro como le gusta llamarse, sabe que ha encontrado lo que andaba buscando y todo lector de principios del siglo XVII habría entendido el fundamento de la burlona ironía cervantina aquí presente, pues todo el mundo habría sabido que ésta era una señal inequívoca de que Dulcinea provenía de una familia de conversos.

Y todos esos lectores también habrían sabido que un “morisco aljamiado” no es un “moro que habla el castellano” como lo traduce Cohen, y como lo dan a entender todas las ediciones estándar en castellano. En efecto, es costumbre glosar “aljamiado” de manera muy semejante o casi idéntica a lo que tenemos en esta edición, es decir, “que sabe el castellano” (la otra edición que tenía encima de mi escritorio mientras preparaba esta ponencia dice “que hablaba el castellano”). A lo que nuestra primera pregunta sería, “¿en vez de qué?”. Lo que obviamente se conjetura y supone aquí es, por supuesto, que un “morisco” o incluso un “moro” es una especie de “árabe” y, por tanto, no un verdadero español. Este es sólo uno entre las docenas y docenas de lugares comunes lingüísticos que definen casi todo lo que decimos y pensamos sobre la España medieval y de principios del Renacimiento para participar en la ficción del Santo Oficio. Podríamos añadir que, de alguna manera, después de setecientos años, los españoles de religión musulmana no eran realmente españoles sino extranjeros, y de esos que, probablemente, aún no hablan la lengua del lugar. La tragedia de los moriscos es, en realidad, totalmente lo contrario: “morisco” es el término que se usaba para describir a los españoles de religión musulmana que, después de 1492, y especialmente a partir de la abrogación de

los tratados firmados con motivo de la toma de Granada, fueron obligados a convertirse al cristianismo. Son, pues, cristianos nuevos, y, al igual que para sus homólogos, los judíos conversos, la cuestión que inquietaba a muchos era saber hasta qué punto estas conversiones habían sido genuinas o mera ilusión. ¿Se había convertido Dulcinea en la mejor saladora de puercos de la provincia solamente para encubrir el hecho de que su familia mantenía usos y costumbres criptojudíos? O lo que es ya más probable a principios del siglo XVII, ¿se trataba, en Dulcinea misma, de algo residual y no consciente? Había sido su abuela, sin duda, la que había aprendido a salar puercos como señal pública de lo que, en privado, era sólo una ficción, pero con el paso del tiempo y de las generaciones, la ficción se convertiría, inevitablemente, en realidad. Estas son, por supuesto, cuestiones históricas de vastas proporciones a las que me es imposible ni tan siquiera intentar hacer justicia en el estrecho marco de esta ponencia, pero pienso que aun el simple raspar de la superficie debería dejar adivinar, entre otras cosas, el descarnado realismo histórico que subyace tras el conocido juego “metaliterario” de Cervantes sobre la cuestión de la inaprensibilidad de la ficción y las potenciales enajenaciones mentales producidas por la confusión, o el intento de distinguir, entre ficción y realidad.

En cualquier caso, dentro de la compleja realidad de la vivencia morisca en el siglo XVI, hablar castellano era universal y básico y lo que, en realidad, era cada vez más insólito era el dominio del árabe, a cualquier nivel. Así pues, la triste verdad a medias de las glosas del término “aljamiado” en nuestras ediciones del *Quijote* es, precisamente, que todos los moriscos hablaban el castellano y, en su mayoría, sólo el castellano. En los cien años de conversiones forzadas de musulmanes que se siguen a partir de 1500, más o menos, la práctica oculta del Islam está marcada por la trágica pérdida del árabe, que no podía ser hablado ni mucho menos leído en

público, y en privado solamente a escondidas. El aljamiado es, en realidad, una lengua y una literatura dignas de haber sido inventadas por Cervantes mismo, o de haber sido imaginadas por don Quijote: parece árabe, pero no lo es, sino una lengua completamente diferente, en su mayor parte castellano, pero saturado de retazos entendidos sólo a medias y altamente formalizados de la que un tiempo había sido una de las lenguas de Dios en España. La relación entre el aljamiado y el árabe es igual a aquello en que se había convertido el simple acto de encender velas los viernes por la noche para la mayoría de las familias que un tiempo habían sido judías: un jirón de memoria, la huella simbólica de algo que, en rigor, ya no se entendía.

Y esto es, por supuesto, exactamente lo que el narrador Cervantes encuentra por las calles de Toledo calles que, al igual que el resto de Toledo, están aún hoy en día llenas de aquellos complejos fantasmas de la “identidad”. Una rápida visita arquitectónica de Toledo nos revelaría instantáneamente las complicadas glorias híbridas del pasado español además de su presente aljamiado. Empezamos, inevitablemente, por una de las sinagogas más famosas de España, Santa María la Blanca desde su reconsagración en templo cristiano; una sinagoga construida en pleno auge del estilo “mudéjar” es decir, arabizado de tal modo que para el visitante desapercibido puede parecer, a primera vista, una mezquita. Y como este monumento que no “prueba” sino que es la convivencia, existen tantos en Toledo, y entre ellos tal vez el mejor es la Iglesia de San Román, que fue construida para conmemorar la conquista de Toledo por parte de los cristianos y que imita claramente no sólo la gran mezquita de Córdoba, sino que incluye también falsas inscripciones en pseudoárabe alrededor de los nichos de los santos. Falsas inscripciones árabes que, en el capítulo nueve del *Quijote*, casi seguramente adornan las paredes de la iglesia la iglesia mayor a la que el narrador Cervantes ha llevado al morisco aljamiado para que le lea el

manuscrito, que resulta ser, por supuesto, la *Historia de don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe.

A pesar de que las lecturas estándar del *Quijote* trivializan la revelación aquí presente, (la nota de Martín de Riquer al respecto —es la nota número 20 al final del capítulo ocho— no deja de ser un ejemplo de ello) la aceptan de manera literal dentro de la novela, y es así como todos llegamos a dar por sentado que la ocurrencia, probablemente irónica, de Cervantes aquí es que el texto “original” del *Quijote* es un texto escrito en árabe y que, en efecto, “si a ésta [historia] se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor árabe?”. Pero la ironía quizá sea mucho más complicada aún que esto pues la verdad histórica de la que Cervantes casi seguramente era consciente, la cual es un símbolo tan apropiado como otro cualquiera de las calamidades sociales que pasaban tantos españoles y la sociedad entera en España, es que así como ciertamente ya no quedaban manuscritos en árabe que pudiesen correr por las calles de Toledo, tampoco quedaban moriscos que supiesen leer el árabe aun en el caso de que un tal manuscrito apareciese.

Lo que los moriscos podían leer era el aljamiado de su lengua materna, un castellano adornado con *bis-mi-llahs*, una lengua escrita en árabe pero que, en efecto, no es árabe. Como dije antes, la tragedia de los moriscos, una tragedia íntimamente conocida por Cervantes, era precisamente el que hubiesen perdido la capacidad de leer y hablar la lengua in traducible del Corán. El Islam, en su momento de crisis en España después de 1492, había concedido a los musulmanes el derecho de disimular, de fingir la conversión al Cristianismo pero lo que ninguna *fatwa* podía garantizar era que continuarían siendo capaces de hablar a Dios en árabe, la lengua a la que Él estaba acostumbrado. Sin embargo, y en vez de ello, hasta que llegaron las expulsiones finales en los años inter-

medios entre la publicación por parte de Cervantes del *Quijote* original (1605) y de su segunda parte (1610), los moriscos utilizaron el aljamiado, que es, al fin y al cabo, algo muy quijotesco: árabe por fuera para engañar Dios sabe a quién, y castellano por dentro. Aquí las posibilidades para la brillante ironía de Cervantes son ilimitadas, igual que para su habilidad de burlarse, con un dejo de tristeza, de una realidad histórica llena de disparates y crueldades que habrían hecho, en verdad, de cualquier héroe un “caballero de la triste figura”.

La verdadera tragedia de la Inquisición española, con permiso de todos, desde Monty Python hasta Netanyahu, se encuentra, precisamente, en esa pérdida de la memoria tan perfecta e irónicamente prefigurada en el capítulo nueve. Ese “memoricidio”, como lo llamó brillantemente Juan ayer y en toda esa biblioteca de chistes sobre el texto perdido y sobre el verdadero autor del *Quijote*: ¿se dio Cervantes verdaderamente cuenta de que llegaría el día en que los “ingenios de la Mancha” (y otros distinguidos hispanistas) no sabrían ni les interesaría saber lo que es “aljamiado”?; o, ¿creyó, como su loco don Quijote seguramente habría creído, que la novela misma salvaría estas memorias del olvido, que haría demasiado embarazoso el convertirse en cómplices de barberos y curas de pueblo? Pero la triste verdad es que los ingenios de la Mancha (tenemos últimamente, nos lo recordó Juan anoche, la nueva edición de Francisco Rico) han conspirado con el cura y el barbero que quemaron la biblioteca de don Quijote. El *Quijote* ha sido convertido en una obra literaria tan asépticamente ahistórica, que incluso una escena tan claramente entretejida con la trágica realidad histórica como la quema de la biblioteca de don Quijote en el capítulo seis, es leída con la mayor parte de las notas y material de discusión dedicados a la cuestión de por qué Cervantes critica tan duramente el género de las novelas de caballerías. Se podrían leer multitud de ediciones del *Quijote* sin enterarse jamás, incluso después de haber leído el capítulo seis, de que ésta no

fue una ingeniosa ocurrencia de Cervantes, sino que se quemaban bibliotecas en serio, y a las personas también, algunas de ellas emparentadas con Dulcinea, pero menos diestras a la hora de salar puercos.

Lo que vemos, pues, en el capítulo nueve, son versiones de las dolorosísimas configuraciones sociales omnipresentes en la época de Cervantes, quien advirtió, también como otro cualquiera, que afectarían antes que nada a la "realidad" de su presente, y a la escurridiza y peligrosa cuestión de la identidad de las personas, que podía, por razones de supervivencia, incluir evidentes falsificaciones. Pero no era solamente el presente lo que estaba en juego, sino también el pasado: ser un converso, pertenecer a una familia de "antiguos" judíos o musulmanes, era un estigma que lo convertía a uno en el blanco de una continua vigilancia por parte de curas y barberos, pues el gran temor de las autoridades inquisitoriales o de otro tipo era que muchas o la mayoría de las conversiones fueran, en realidad, o falsas, o débiles, o un mero expediente, cosa que, por supuesto e indudablemente, muchas fueron (¿quién era capaz de distinguir entre molinos y gigantes en una situación así?). El problema, por supuesto, era el simple hecho de que España estaba llena de cientos de miles de criptojudíos y musulmanes, o de cristianos nuevos. Esto forma parte de la "memoria moderna" y que incluso aquellos españoles que no lo eran recordaban aún que en el pasado reciente de España había sido natural que los vecinos fueran de religiones diferentes, sin por ello dejar de ser vecinos, ni dejar de ser los herederos indisputables de una misma patria. Parte de la radical alteración que sufrió esta cosmovisión, una alteración que tardó un siglo y más en tener efecto, fue la destrucción y el vilipendio, la reescritura del pasado, y la quema de bibliotecas cuyos libros habrían contado historias diferentes.

En varios niveles el libro trata "solamente" del esfuerzo de Cervantes —un esfuerzo claramente doloroso y entristece-

dor— de afrontar el problema existencial del individuo frente al mundo "real". La historia de todo individuo, en todo momento histórico es, por supuesto, la de su enfrentamiento, quizá por medio de la literatura y el consuelo que ofrece, o mediante el juego de los textos, con aquellas realidades desagradables con las que nos toca vivir; y la historia de lo que pasa con los ideales cuando éstos chocan contra la fuerza brutal del desengaño. El "idealismo" es un acto de la imaginación y quizá uno destinado a fracasar por lo que la cuestión sobre el tapete es si esto es algo bueno o algo malo. Lo que está en juego en esta cuestión es, por supuesto, la cuestión ética y estética de cómo nos enfrentamos con la realidad que nos rodea, sea la realidad personal o la social; y no solamente el papel que desempeña la imaginación en la interpretación de la realidad, sino también —y lo que es incluso más interesante— el papel que desempeña la imaginación en la reforma y refundición de la realidad. Por ello, es especialmente importante reconocer que aquí no se trata de la ficción como un universo separado de la historia, sino de que hubo una verdad histórica, y de que ésta fue para Cervantes una profunda tragedia moral.

La crítica despectiva que se puede leer y oír sobre la obra de don Américo, o incluso de un libro tan brillante y fundamental como *La España de Fernando de Rojas* de Gilman, es que, al fin y al cabo, no se trata más que de descubrir quién era judío y quién era criptomusulmán, y que, en cualquier caso, qué tiene que ver esta especie de "sociologismo" con las grandes obras de la literatura. Este tipo de justificación simplista no favorece a nadie, y menos a los presuntos cristianos viejos. En realidad es mucho más lógico preguntarse ¿cómo podía un hombre con un mínimo de conciencia, un escritor, no sentirse profundamente preocupado al vivir en un universo en el que cualquier libro era potencialmente sospechoso? ¿O no sentirse incluso más preocupado de que también se quemara a la gente? Las actas de la Inquisición, por cierto,

muestran de manera muy convincente y también conmovedora, pienso yo, que, en realidad, la mayoría de los españoles en el siglo XVI creía que la religión era, pues eso, simplemente religión, y que el proceso de depuración que estaba teniendo lugar en España era desacertado en el mejor de los casos. En efecto, estoy convencida de que parte de la enorme popularidad de la que gozó el *Quijote* al ser publicado fue que todo el mundo comprendía perfectamente todo esto y que, entre otras cosas, se disfrutaba inmensamente con la hábil burla de mucho de lo que estaba pasando, incluida la dilatada reescritura del pasado, incluso cuando te lo podías encontrar, absurdamente, a cada paso por las calles de Toledo, y cuando ibas como buen cristiano viejo o nuevo a rezar a aquella iglesia de las falsas inscripciones árabes en los nichos de los santos. Allí donde Cervantes se sentó a escuchar al morisco que le leía el manuscrito aljamiado que resultó ser la historia del *Quijote*, cosa que es, por lo menos en parte, y para volver al tema tan perfectamente establecido por Goytisolo, un llamamiento a recordar, a no participar en la clase de "memoricidio" que supone el olvido de incluso un "pequeño" detalle como el de lo que es el aljamiado. No vaya a ser que nos olvidemos de todo lo demás también.